

PORFIRIO DIAZ MACHICAO

Le conocí allá por 1956, cuando Porfirio Díaz Machicao ya era gordo y yo era un estudiante de bolsillos flacos, como dice el tango. Fue en Madrid en el Colegio Mayor de Nuestra Señora de Guadalupe, donde don Porfirio, Humberto Vázquez Machicado y Augusto Guzmán acudieron a una invitación de los que entonces éramos estudiantes; ellos eran Académicos que llegaron a Madrid para esos cónclaves donde se tratan problemas de la Lengua Española bajo el lema de "limpia, fija y da esplendor", que está en el frontis de esa bella casa situada cerca al Paseo de El Prado.

Don Porfirio, como algunos grandes hombres, es pequeño. 57 años, 75 kilos. Desde que tuvo 15 años lleva un pequeño bigote. Plata en los cabellos, oro en el corazón. Ni oro ni plata en los bolsillos. De rostro regordete, algo mofletudo, las arrugas perdieron la batalla.

Augusto Guzmán, ese cantor de la gesta valluna descubrió el gran parecido físico de don Porfirio con Alfonso Reyes, el mejicano, el gran polígrafo de la América Hispana. También se parece a Lázaro Cárdenas, según otros.

A pesar de no tener vicios, don Porfirio es un hombre que rebalsa humanidad. No fuma, no bebe, pero dice malas palabras.

-¿Cuántos años hace que no fuma...?
- Veinte años.
-¿Cuántos años hace que no bebe...?
- Seis años.
-¿Cuántos tiempo hace que no dice una mala palabra...?
- Media hora.

Yo pensaba que don Porfirio escribía un libro por día. No es así, pero es el escritor más fecundo de nuestra historia literaria. Ha publicado 34 libros y su máquina de escribir tiene aún mucho trabajo. Novelista, cuentista, biógrafo, historiador y también poeta aunque no escribió ningún libro de versos; de haberlo hecho, sería uno de los buenos poetas de Bolivia porque vive en poesía. En enero del próximo año, se verá en los escaparates de las librerías un nuevo título de la obra porfiriana: "Historia de la Oratoria en Bolivia".

Para el autor, la oratoria es un fenómeno de suscitación. En dicho libro, desfilan treinta oradores y en él se reflejan treinta situaciones estelares en la historia de nuestro país. Don Porfirio anota que en su libro no entran seres que viven. Tal vez sea mejor porque no hay que confundir oradores con "habladores" o con discurseadores, que los tenemos en cantidad.

Sin lugar a dudas, se puede decir que don Porfirio es el autor más leído en Bolivia. Uno solo de sus libros, aquél que apareció al terminar la guerra del Chaco y que se titula "Los invencibles" alcanzó el tiraje de 75 mil ejemplares. Su obra "20 lecciones sobre el Mariscal Santa Cruz" llegó a los 50 mil.

Viejas matronas cuentan que don Porfirio, en su juventud, era un izquierdista peligroso y que, a su paso, las damas piadosas y conservadoras se persignaban. Al referirle el tema, el escritor sonríe. Luego dice: "El comunismo es seductor, quien no ha sido izquierdista en su juventud es un ciudadano peligroso. El socialismo me sedujo por su mensaje de fraternidad y de justicia, pero luego incurrió en deformación moral. Antes que comunista, fui comunitarista cristiano y sigo siendo; no he cambiado en nada, siempre fui en busca de la verdad y la justicia, honradamente"



Y don Porfirio es sincero.

No podía omitirse el tema de la guerra del Chaco El viejo escritor era y es anti-guerrista. Se opuso a la guerra del Chaco porque vio que era una aventura descabellada y porque su concepción humana rechazaba el asesinato del hombre por el hombre. Sin embargo, fue a la guerra, como Mambrú. Fue a sabiendas de la suerte que allí esperaba a los anti-guerristas. Dice el escritor: "los bolivianos tenían que matarme, pero no pudieron o no quisieron... y los paraguayos podían matarme y no lo hicieron. Sabiendo que iba a morir porque luchaba entre dos frentes, fui un soldado como pocos. Soy un héroe a la fuerza, no una víctima".

Hablando de combatientes, hablamos del periodista Díaz Machicao. Se inició en "La Patria", periódico dirigido por aquel maestro que se llamó Demetrio Canelas. Allí bebió su bohemia y el "té con té" junto a Fernando Loayza Beltrán, los Peláez, Luis Mendizábal Santa Cruz y muchos otros. Hace tanto tiempo de aquello, que en ese entonces don Porfirio era menor de edad.

Viajó a la Argentina, entonces meta cultural de primera instancia. Una vez, en Tucumán, hallábase el joven Porfirio "solo, fané y descangayado"; a tal punto que se alimentaba de las naranjas que ornamentaban la plaza de esa ciudad. Así fue visto por unos periodistas quienes le preguntaron si sabía escribir para darle trabajo en un diario de esa localidad. "Sé escribir", respondió el joven boliviano y ellos le pidieron un artículo sobre Kalil Gibran Kalil. Escribió sobre el maravilloso poeta libanés y consiguió trabajo y consiguió comer.

Después, El Chaco.

Terminada la guerra, emprendió otra por su cuenta. Fundó "El País" en Cochabamba, que es una de sus aventuras más maravillosas. Aventura realizada con Maruja, su esposa. Cada día compraban un kilo de tinta y dos resmas de papel para imprimir el diario y lanzarlo a la calle. "El País" casi alcanzó a vivir 20 años hasta que en 1953--ya en la negra noche movimientista--el periódico fue dinamitado y después las autoridades políticas obligaron a sus propietarios a venderlo.

Hemos mencionado a la esposa del escritor. Ella es una valerosa y dulce cochabambina que no tiembla ante las "macanas" de don Porfirio. Una vez, ella conversaba con Luis Mendizábal Santa Cruz y el diálogo fue cortado por su esposo:

-Como verá, Luis, yo he sido una heroína por haberme casado con Porfirio.
-Por eso me llegas a la "Coronilla"...

Sobre la lucha regionalista que se libra en todo hogar, don Porfirio dice de su esposa: "La he ganado porque todos mis nietos son más paceños que yo..."

Hay un bolivianismo profundo en el pensar y sentir del escritor. Dice: "El mejor modo de amar a la patria es calibrarla en su bien y librarla de los que hacen comercio de ella", Y sin temor alguno, seguro de la honradez de sus ideas, agrega: "El problema del mar ha dejado de ser un problema de motivación sentimental, Por mucho que escuchemos varias veces al día la "Marcha de los Colorados" no obtendremos la revisión del Tratado de 1904 que es la mejor pieza jurídica que los chilenos nos hicieron firmar; hay que comenzar volcando la cara al Tratado de 1904". Concluye: "No estoy de acuerdo con que se mantenga la ruptura de relaciones con Chile; ambos países estamos perdiendo el tiempo..."

Los que lo conocieron turbulento, rebelde e iconoclasta, bohemio y bebedor hasta decir: "me bebí las bodegas de todo el mundo", verían extraña la figura de don Porfirio en pantuflas, jugando con sus nietos o comulgando con su familia en Copacabana. Es el hombre sereno. Cambió la bomba explosiva por una bolsa de agua caliente. En medio de la paz hogareña, expresa suavemente: "Cuando vive uno al lado de la verdad, es siempre sereno". El abuelo mira con melancolía tras los cristales y sus párpados tiemblan ligeramente. En ese instante, sólo en eso, sentí deseos de ser viejo.

Saltando el tema a la torera, hablamos de Hispanoamérica. De España expresa: "Es una voz indeclinable que siempre la estoy oyendo. Soy un semi alfabetizado por ese poderoso influjo de lo español en Bolivia y tal vez soy un tipo culto por culpa de España... El castellano es el único vehículo que nos relaciona con la cultura occidental..."

Don Porfirio es Director de la Biblioteca de nuestra Universidad. El recordado Rafael Ballivián le dijo una vez que allí seguramente se sentía "como pez en el agua..." Díaz Machicao repuso: No, me siento como caballo en el pasto". Sobre el movimiento estudiantil que se opera en la Universidad bajo el nombre de "revolución universitaria", manifiesta el escritor: "Es siempre doloroso que la Universidad pase por épocas nebulosas, cuando ella misma debería constituirse como altas torres en días claros; lo único claro para nosotros será la verdad, con verdad debemos estructurar nuevamente la Universidad..."

Y llegamos al Académico. El escritor Díaz Machicao se pone de pie, se arregla la chaqueta, se ajusta el nudo de la corbata, se alisa el cabello y dice: "La Academia Boliviana de la Lengua es lo único solemne en mi vida, es una solemnidad que la he heredado y cuyo prestigio tenemos que mantener..." Fue hecho académico en 1955 y tituló su discurso de ingreso: "La España que no conozco", Asistió a varios Congresos de la Academia Española de la Lengua, para a pesar de eso, escribe claro, sencillo, sin rebuscamiento.

La entrevista concluye. Al estrechar la mano del gran escritor, recuerdo la dedicatoria que inscribí en uno de mis libros que le hice llegar: "A Porfirio Díaz Machicao, escritor, periodista y gordo". La gordura, más que característica física, se convierte--como en el caso del entrevistado--en atributo espiritual. No hay gordo malo. Parece que es así.

PAULOVICH

POR LA RUTA DE LOS CONDORES: DE LA PAZ A POTOSI

Por GOVER ZARATE M

Llegamos a la estación central de ferrocarriles de la ciudad de La Paz, la alta metrópoli boliviana, a 3.665 metros sobre el nivel del mar, quince minutos antes de la partida del tren. Es una mañana tibia y serena. Al fondo del panorama paceño eleva sus blancas cimas el majestuoso Illimani recortando en el espacio azul sus agudos perfiles.

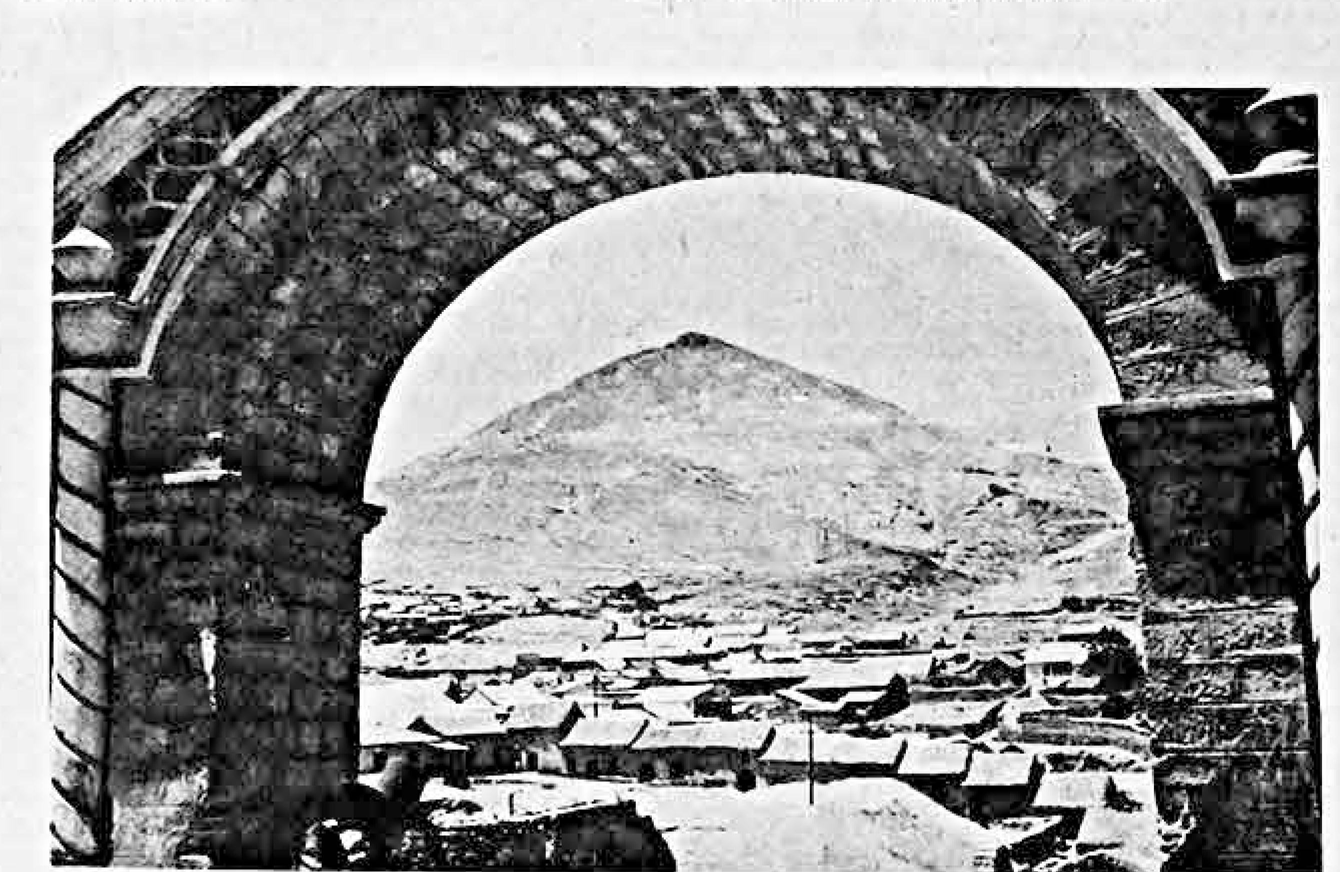
El reloj de la estación marca las 8 horas. Inmediatamente la locomotora da la señal de partida. Algunos pasajeros rezagados hacen esfuerzos para ganar los coches más próximos. Estamos en el tren directo que vincula el norte con el centro y sur del país. Lleva gran número de pasajeros que se dirigen a Oruro, Cochabamba, Potosí, Sucre, Tarija y estaciones intermedias. Lleva también pasajeros internacionales para la Argentina y Chile. El largo convoy, impulsado por dos locomotoras, sale de agujas suavemente. La Paz- una de las ciudades más altas del mundo, "the roof of the world", que dijera un turista yanqui - empieza a bañarse con la caricia del sol.

A poco de salir de la estación nuestro tren inicia el laborioso ascenso hasta llegar a la altiplanicie que alcanza un promedio de 4.000 metros de altitud. El panorama que se domina durante el ascenso es incomparable. Al fondo de la hoyada del Choqueyapu está la ciudad que fundara en 1548 el audaz capitán español Alonso de Mendoza. De topografía irregular, con edificios altos y bajos, modernos unos coloniales otros, con techumbres de variado color, La Paz ofrece al turista inolvidable y atrayente aspecto. Tan pleno de sugerencias es el panorama que se descubre desde la ventanilla del coche que aun los viajeros que visitan con frecuencia la ciudad, no pueden sustraerse a la grata tentación de seguir con la mirada inquieta los cambiantes aspectos de la primera ciudad boliviana.

Una hora más tarde ingresamos a la estación de El Alto, a 4.089 metros de altura sobre el nivel del mar. Brisas gélidas procedentes de las cordilleras circunvecinas obligan a los pasajeros a levantar el cuello del abrigo y a estrechar el ruedo de la chalina o bufanda, prenda indispensable en los viajes por la altipampa andina.

El horizonte que al salir de La Paz resultaba limitado, se amplía en esta llanura en proporciones asombrosas. A escasa distancia de la estación de El Alto levantan sus edificaciones los aeródromos comerciales y militares más altos del mundo. Sobre el límpido cielo evolucionan algunas máquinas del ejército en vuelos de práctica, mientras en la pista de la Panamerican Airways System se apresta a despegar el avión del servicio interamericano que cubre la gigantesca línea Buenos Aires-Nueva York. Próxima a la estación ferroviaria eleva sus antenas metálicas la oficina difusora de Radio Illimani, emisora del Estado, que como los aeródromos, es la emisora más alta del mundo.

Nuestro tren se detiene ante la dilatada extensión de la meseta andina enmarcada entre las cordilleras Occidental y Real. "El paisaje de la altiplanicie boliviana- dice José Eduardo Guerra- que no es un paisaje para almas indiferentes y ojos superficiales, se resiste por su grandiosa simplicidad a ser transmutado en palabras y en colores".



POTOSI.- El legendario "Cerro Rico"



LA PAZ.- Una vista desde la terraza de la Universidad.

Estamos en los dominios de una de las razas más antiguas del mundo, en el "habitat" de los aimaras que edificaron la milenaria metrópoli de Tiahuanacu, cuyas ruinas se mantienen aún en las márgenes del lago Titicaca. Al atravesar estas tierras es imposible no evocar esa antiquísima civilización tan misteriosa y tan discutida por científicos de la más alta categoría. Afírmase, y con no poco fundamento, que en estas soledades calcinadas por el sol y batidas por el viento, estuvo la cuna del primitivo hombre americano.

Seguimos hacia el sur sobre la interminable llanura interandina, ,a 60 kilómetros por hora. El convoy formado por una veintena de coches de pasajeros y de bodegas de carga, se detiene en Viacha, población típicamente altiplánica. No lejos de esta población están los campos de Ingavi donde el genio militar del general José Ballivián consolidó la independencia de la patria. Viacha es el centro ferroviario más importante del norte de Bolivia. Convergen allí cuatro sistemas ferroviarios, tres del Pacífico y uno del Atlántico.

Aparte de la imponente majestad de la altura, el recorrido no ofrece mucho interés. El indio aimara es el único dominador de esta naturaleza agresiva y hostil. Sólo él puede habitar a 4.000 metros de altura, soportando bajas temperaturas y persistentes vientos. La agricultura es pobre. Plantaciones de tubérculos y de algunos cereales matizan de verde las parcelas que disponen de riego. Sin embargo, la Providencia ha concedido a esta región el privilegio de producir un cereal de extraordinario poder alimenticio, que es la quínua, planta resistente a las heladas, a la sequía y a la acción del sol de estas alturas. La quínua, que según los cronistas coloniales era alimento predilecto de los incas y de la nobleza, constituye una bendición para el habitante de la altiplanicie boliviana. Su cultivo es sencillísimo y no requiere ningún cuidado.

El tren sigue su recorrido deteniéndose frecuentemente en estaciones de secundaria importancia. Al promediar el día alcanzamos a distinguir en lontananza la ciudad de Oruro, capital del departamento de su nombre, situada a 3.706 metros de altura sobre el nivel del mar y centro minero de importancia. La perspectiva engaña. Tardamos cerca de media hora en llegar a Oruro. Estamos en una de las más activas zonas mineras del país. Todas

(Pasa a la pág. 4)



Director: JUAN QUIROS Casilla # 1913
La Paz, Bolivia, 11 de Septiembre de 1966.



Mery Flores Saavedra.

LA BUSQUEDA SIN FIN DE MERY FLORES

Por OSCAR RIVERA-RODAS

La poesía de Mery Flores Saavedra manifiesta una situación predominantemente emotiva: tierna, a veces; alucinada y expectante, en otras y, en las más, melancólica. No está mayormente el factor cerebral: rígido, lacónico, determinante.

Si se nos permite señalar la característica fundamental de la obra de esta autora, afirmaríamos que es el empeño en una inquisición desconocida. La poetisa se ha lanzado a su universo interno -llamémoslo así- sobre las alas de la indagación constante. Ella misma confiesa que se asemeja al ave "solitaria sin destino", circunstancia que -muy bien definida- constituye la premisa de su poesía, el principio invariable. Por ello afirma también:

"Soy la de ayer, de siempre; alas al viento,
fugacidad, anhelo desmedido."

En síntesis: "siempre", "alas al viento" (¿dónde va el viento?), "fugacidad", "anhelo desmedido". La poetisa no abandona su porfía eterna. No termina de saciar su ansiedad que, le lanza a distintos senderos que se diluyen pronto, apenas empieza a explorarlos persiguiendo a una luz que no alcanza, mientras su anhelo adquiere dimensiones que le desbordan.

Es así. La autora, tras su visión se sumerge -anonadada- entre sombras y la melancolía. Su arma de lucha constituye la palabra tímida, huraña, que se atenúa mayormente cuanto más dura es la faena. El arma empuñada no tiene la suficiente decisión y fuerza como para vencer los obstáculos que amurallan la luz perseguida. La poetisa presiente -o "adivina", como dice ella- la presencia luminosa y dubita. Se desvanece ante la idea de enfrentarse a lo ansiado y se pierde, derrotándose a sí misma, al borde de una victoria ya conseguida. ¿Es, acaso, todo esfuerzo inútil? La indagación de la autora no tiene meta. Aquí, en el colmo de la desesperación, surge la rebeldía por la que, la poetisa, desea encontrarse a sí misma como a la palabra desnuda, simple. Mas, su rebelión dura poco; una voz "augural" domina su alma. Abandona su búsqueda. Evade, quizá.

"Tal vez quede también la fugitiva
sonrisa de la nada que dormida
por un exacto gesto fue cautiva."

El ave sin destino, en tal caso, retorna de su viaje fatigado, sangre adentro; se hunde en la meditación quieta; permanece en su poesía que es "invisible prisión de amargas ciencias", prisión bienvenida y bendecida.

Sin embargo, más tarde, levantará nuevamente vuelo, aunque por rutas distintas ahora, para ingresar, otra vez, en la afanosa tarea de la indagación indefinida. Se volverá a repetir el proceso de lucha y derrota. Lucha predominante y derrota periódica y fugaz pero que, de todos modos, se opone a una situación que saciaría el anhelo de la poetisa.

POETISA, NO:
POETA, SI

"El término de "poeta" se debe generalizar. La palabra "poetisa" no debe emplearse porque tiene un sonido peyorativo. Además, puede haber mujer poeta como hombre poeta. Al fin, hay identificación de sentimientos. Por otra parte, la poesía no tiene género", afirma -no sé si decir ahora la poetisa o la poeta- Mery Flores Saavedra, quien además de ostentar el título de Licenciada en Derecho y Ciencias Sociales, se dedica a la labor periodística. Publicó cuatro volúmenes de poesía: "Fervor" (1952), "Brumas" (1958), "Cuatro poemas" (1960), "Sonetos" (1965). También una institución femenina de Potosí ha editado una antología de la obra de la autora. "Sonetos" obtuvo la Franja Amarilla, a la mejor publicación literaria, en el concurso bibliográfico auspiciado por la Alcaldía de La Paz, el pasado año.

Mery Flores Saavedra -al margen de la actividad literaria: Mery Flores de Aliaga- también afirma: "Yo no soy una mujer intelectual. Soy simplemente una persona que siente y dice lo que siente"; "tengo una voz de soprano"; "mi camino ha sido siempre el arte porque he nacido cantando"...

SONETO: RETO

- Mery, ¿cuál es la razón de tu preferencia por el soneto como forma de expresión?
- El soneto ha sido un género que ha significado un reto para mí. Y, una vez que logré adentrarme en él, he quedado prisionera en los catorce versos.
- ¿Prisionera?
- Ha sido como quedar prisionera en el amor; una cárcel de amor que se la acepta de mayor agrado.

- ¿Te sientes libre cuando te riges a la métrica del soneto?
- La poesía es esencia y metáfora. En el soneto cada palabra debe tener su real significado y hondura.
- ¿Crees en la "inspiración", como el "trance" previo a la producción poética?
- La poesía es vivencia de todos los días. El poeta está en constante estado doloroso de creación, viene acumulando experiencias que constituyen la vivencia eterna de todos los días. El poeta es el creador para quien poesía es una necesidad como respirar.

- ¿Qué quieres decir con "estado doloroso de creación"?
- Todo parto es doloroso.
- Y, el "parto sin dolor".
- (Sonríe).

EXPERIENCIAS FEMENINAS Y
EXPERIENCIAS MASCULINAS

- ¿Tú ves alguna diferencia entre la mujer y el hombre, ambos como artistas?
- El hombre artista respecto a la mujer artista tiene más campo de acción en cuanto a experiencias se refiere: la mujer está limitada, lo que le impide efectuar ciertas manifestaciones, pues, no olvidemos que el ser -me refiero al término asexuado- tiene la necesidad de sentir todas las experiencias. De ahí la ventaja del hombre.

- No crees, acaso, que, toda actitud realizada consciente y honestamente puede tener justificativo, sea quien fuere el ser que realice?
- Claro. Además, es cuestión de criterio y principios. Pero, en la mujer -creo así- hay algo innato que en determinado momento se rebela y le impide efectuar ciertas experiencias, aun comprendiendo que el artista debe transitar todos los caminos.

Por otra parte, no olvidemos que la mujer tiene experiencias muy particulares y privativas del hombre. Ahí están, por ejemplo, el hecho de ser madre, o no poder serlo -que es un dolor que lacera-, o de haber perdido un hijo...

- Entonces hay una compensación...
- Evidentemente. Pero, tanto la mujer como el hombre, ante todo, deben amar y sufrir.
- ¿Cómo entiendes el amor?
- Es necesario que el amor sea la razón de ser de todas las personas. Una persona que no ama es una persona que no vive. No sólo me refiero al amor de un hombre a una mujer o viceversa; me refiero al sentimiento afectivo a otro ser. El amor es la base de la doctrina del Cristo. El amor lo crea todo.

MUJER BOLIVIANA

- ¿Cómo sientes tu femineidad en relación a otras circunstancias que, como tu profesión de abogado, el trabajo de periodista o escritora, te identifican, de alguna manera, con el hombre?
- Si esos deberes me limitarían como mujer, los rechazaría. En cuanto a escribir, eso va conmigo, es una necesidad mía.
- Qué causa, a la que elogiabas o contra la que protestabas, te impulsó a escribir los primeros versos.
- Tal vez, el elogio a lo justo y la protesta contra lo injusto. Fui acumulando poemas hasta que, en 1952 publiqué mi primer libro: "Brumas".

- ¿Cómo fue acogido?
- Yo creo que tuve suerte puesto que fue muy bien acogido, especialmente por críticos como Juan Quirós, quién me alentó en mi carrera y ante los ataques que, por otra parte, recibía de quienes entonces se autodenominaban "poetas sociales" o "poetas revolucionarios".

- Qué puedes decir de la mujer boliviana...
- Es de gran calidad humana. Vive en un medio lleno de dificultades. Pero, aun así -puedo decirlo porque he visto con agrado- hay mujeres que han sabido superarse.

- ... y, de la intelectual de nuestro medio?
- El principal papel de la mujer es ser femenina; los demás, son secundarios. La mujer, cuánto más inteligente debe ser más femenina.

- ¿Tienen esta cualidad las mujeres intelectuales de nuestro medio?
- Ojalá. . .
- Finalmente, Mery, cuál es tu libro preferido?
- "El Principito" de Saint Exúpery. Siempre lo vuelvo a leer.
- ¿Por qué?
- Por todo: la metáfora, en cuanto a la forma, y la soledad del creador, la vida del creador, en cuanto al mensaje.
- ¿A quenes aconsejarías leer El Principito?
- A todos los seres solitarios a la manera de Zaratustra de Nietzche.
- ... y, a quienes no...?
- **A los que no ven, a los que sólo miran.**



***Mery Flores recibe la Franja Amarilla** (Premio a la mejor publicación literaria) de manos de la Directora de Cultura de la Municipalidad, poetisa Alcira Cardona, en 1.965.*

La poetisa y su esposo, Dr. Javier Aliaga Monje.

ANOTACIONES A UN ESTUDIO DE AUGUSTO GUZMAN

La Paz, 11 de septiembre de 1,966

SEÑOR
AUGUSTO GUZMAN
COCHABAMBA.

Distinguido señor Guzmán: Permítame molestar su atención, para manifestarle que leí su artículo sobre LA POESIA BOLIVIANA DE NUESTRO TIEMPO, que "Presencia Literaria" consigna en su edición del pasado Domingo 4 de Septiembre. Su juicio personal merece todo mi respeto. Sin embargo, no vi con agrado las apreciaciones que usted hace sobre la tendencia poética que-según las cuales- "cultiva un abstraccionismo hermético, nebuloso, inconexo, sin secuencia imaginativa ni continuidad racional". Le confieso, modestamente, que no veo claro a qué tendencia se refiere. Además, a tal tendencia- junto a la primera que usted se refiere: "continuación más o menos modernizada del vanguardismo subjetivista, con un lirismo"... etc.- reconoce como una manifestación poética. Empero, a la misma la califica de "prosaicos balbuceos" y "encabritados lirismos de tipo esquizofrénico". Luego, tal expresión ¿es o no poética?. Si lo es, ¿por qué no darle un mejor trato, cuando se habla de ella, en la misma forma en que nos referimos a otras manifestaciones artísticas? Si no lo es, ¿por qué mezclarla con la poesía, convirtiéndosela en parte de ésta? Asimismo, si la tendencia poética en cuestión es "huérfana de inspiración"- como usted afirma-, creo que no puede ser considerada como tal: es decir, expresión poética.

También usted afirma, señor Guzmán, que, "como en todas partes nuestros surrealistas, bordeando peligrosamente el abstractismo, ejercitan la fuerza simbólica de la imagen, cayendo, a momentos, unos menos que otros, en los vacíos de la incoherencia propia de todo proceso irracional". Permítame preguntarle: ¿cuál proceso irracional? Acaso, ¿el surrealismo?

Estoy de acuerdo con usted en lo de lenguaje "abstruso"; pero no cuando dice: "frustráneo". Pienso que la expresión poética abstrusa tiene tanto valor como la comunicación poética simple. La dificultosa comprensión de un poema no es motivo de negación del mismo. Además, creo que, tal vez, haya la necesidad del 'misterio poético' ubicado en un verso aparentemente incomprensible, y que, sin embargo, entre los lectores puede tener múltiples interpretaciones acordes a la idiosincrasia de cada uno de ellos.

Tengo en las manos un ensayo de Thomas Stearns Eliot: "Sobre la poesía y los poetas", publicado en 1959 por la Editorial Sur, de Buenos Aires. El enorme poeta dice: "Puede uno explicar un poema investigando de qué está hecho y las causas que lo originaron; y la explicación puede ser una preparación necesaria para comprenderlo. Pero también es necesario en la mayoría de los casos, que nos empeñemos por captar lo que aspira a ser el poema".

En otro párrafo dice: "El conocimiento de las fuentes de donde brotó un poema no contribuye necesariamente a la comprensión del poema; y un exceso de datos sobre sus orígenes hasta puede hacer perder contacto con él".

T.S. Eliot también afirma sabiamente: "En toda gran poesía hay algo que debe permanecer inexplicable por más que conozcamos plenamente al poeta y que es lo que más importa".

"El significado del poema total- agrega- no se agota mediante ninguna explicación, porque su significado es lo que significa para los diferentes lectores sensibles".

A este poeta, que al teorizar sobre poesía ha hecho, quizá, bondadosas concesiones, se le podría acusar de "alcanzado intelectualmente por el complejo de la dificultad de expresarse", cuando leemos poemas tales como:

"La niebla amarilla que frota su espalda sobre las vidrieras,
el humo amarillo que frota su hocico sobre las vidrieras,
lamió los rincones del atardecer,
se demoró sobre los charcos de los sumideros,
dejó caer sobre su espalda el hollín que cae de las chimeneas,
dando un brusco salto, se deslizó sobre la terraza
y, al ver que hacía una plácida noche de octubre,
se enroscó alrededor de la casa, y se durmió.

Y realmente habrá tiempo
para el humo amarillo que se desliza calle abajo,
frotando su espalda contra las vidrieras;
habrá tiempo, habrá tiempo
de preparar un rostro que se enfrente con los rostros que encontramos;
habrá tiempo para asesinar y crear,
y tiempo para todos los trabajos y días de manos
que levanten y suelten una pregunta en nuestro plato;
tiempo para ti y para mí,
y tiempo aun para cien dudas,
y para cien visiones y revisiones
antes de comer una tostada y beber té".

Pienso que no se puede despreciar esta expresión, como no se podría tildar de "poeta estrafalario" a Ezra Pound, por ejemplo, cuando dice:

"En la Puerta del Norte el viento sopla hinchado de arena"...
Ni a Saint- John Perse porque afirma:
"Nacía un potro bajo las hojas de bronce. Un hombre puso
bayas amargas en nuestras manos. Extranjero. Que pasaba.
Y he aquí que se habla de otras provincias de mi gusto...
"Os saludo, hija mía, bajo el más grande de los árboles del año".
O por cualquier otro poema suyo:
"Mediodía, sus fieras, sus hambres, y el Año del mar en
su mayor altura sobre la mesa de las Aguas...
- ¿Qué muchachas negras y ensangrentadas andan sobre las
arenas violentas bordeando las cosas medio borradas?
Mediodía, su pueblo, sus leyes fuertes... El pájaro más
vasto que su vuelo ve el hombre libre de su sombra,
en el límite de su bien.
Pero nuestra frente no carece de oro. Y victoriosas todavía de la noche son nuestras monturas escarlatas".

Tampoco la obra de Milosz podemos convertirla en el blanco de nuestro desprecio, cuando leemos:

"Desde las islas de la Separación, desde el imperio de
las profundidades, escucha cómo ascienden las voces de
las arpas solares. Fluye la paz sobre nuestras cabezas.
El lugar en que estamos, Malchut, es el medio de la Altura.

Volcados los llantos fecundos en un pensamiento
a mi Padre, los mundos de oro iluminan de belleza el
abismo. Testa real que sin embargo reposas sobre mi corazón, ¡qué horror de números lees en la memoria de la
noche! Reina, sé una verdadera mujer por la compasión
suprema. Por entero blanqueada por la piedad de la grandeza, piensa en el más abandonado, piensa en el Creador.
El lugar en que estamos, Malchut, es el medio de la Altura".

No. No podemos lanzar calificativos agrios contra la poesía de estos autores y otros como E.E. Cummings, William Yeats, Nelly Sachs, Gunnas Ekelöf, Giorgios Seferis, Maxime Alexandre, Louis Aragon, André Breton, Paul Eluard, Jacques Prévert y muchos otros grandes poetas del mundo.

Y, llegando al plano de la poesía boliviana, tampoco se puede rechazar la expresión de innegable valor bajo el pretexto de que tal o cual poesía o poeta "pretende exigir al lector inocente un arduotrabajo cerebral para comprender" composiciones difíciles. (No sé quienes podrían ser los "lectores inocentes").

Un caso elocuente: el poeta, quizá, más tierno de la literatura boliviana Antonio Avila Jimenez y su poema, entre otros, "GENERACION":

"¡Quién dice de la nocturna simiente
de las ventanas sin luz!

de los ojos lunares de las fontanas
mojadas por almas líquidas...

de los limbos celestes de la locura.
de tu voz,
redoma armónica
de los amaneceres...

(Pasa a la pág. 4)

ALCALA DE LOS GAZULES



El poeta con su Sra. esposa, a la vera del Río Barbate, en Alcalá de los Gazules (España).

A ROSARIO

Y llegará el día en que mis ojos habrán de alegrarse por haberte visto.
Justo es que después de mis desvelos vea la luz en ti
y mi cuerpo halle reposo
y paz mi alma en tu regazo de madre.
Será el momento de la glorificación de esto que nos fue dado y no nos pertenece.
Cuando el pasado vuelva y tú seas otra, ciudad de geranios encendidos por la luna,
nosotros, pobres fugaces voces
eco de imágenes furtivas,
iremos silenciosos por el fulgor de las promesas cumplidas, ¡oh ciudad de mi alegría!

Será la esperanza, toda la esperanza de la tierra,
la que vendrá a nutrir de lirios tus colinas azules.
Las palabras, las palabras, estropajo del hombre,
te seguirán golpeando en los chaparros del levante.
La noche escribirá golondrinas en el aire
y en la piedra jazmines,
jazminero, jazmín, jazmines para tu fuego en el valle de la espera.

Sobre el río que reflejó tu inmóvil rostro ardiente
donde yo y ella marcharemos por la vida como un himno triunfal,
¡oh dulce dicha para el alma mía!,
donde el azahar eleva sus perfumes
y la azucena es lámpara del campo,
allí estaremos, aurora de la gracia,
izando tu nombre en carabelas, tu nombre
que echado será al mar para que cante
con las olas en la furia de los vientos oceánicos.

Alcalá de los Gazules, llegarás a mi patria en una brisa de rosales y claveles.
¡Eucaliptos que nos vieron pasar!
¡Sombra del árbol que me dio su fruto!
¡Montes de la ciudad que nos vio felices!
¡Alcalá de los Gazules,
por tus senderos de ternura volveré a las montañas
a ser la historia del hombre enamorado para siempre!

PEDRO SHIMOSE



Alcalá de los Gazules. Vista tomada desde la carretera de Cádiz.

TORO MORENO GRAN PINTOR ECUATORIANO

Por SATURNINO RODRIGO

De ayer...

Una crónica alada y gentil de Francisco Ayora Espinoza, publicada en "La Nación" de Guayaquil, me ha traído a la memoria tiempos pasados y maravillosos, cuando el corazón era un cascabel infatigable y la esperanza indomable.

Eran los días en los que tras un levantamiento sangriento, el Partido Liberal cayó abatido por los Republicanos. Yo trabajaba en la Escuela Normal de Sucre, del cual era profesor; pero ante el ataque impetuoso de los triunfadores, la juventud liberal fue encarnizadamente perseguida y yo tuve que dejar el profesorado y trasladarme a La Paz, en busca de trabajo.

A mi llegada a esta ciudad me incorporé de inmediato a la redacción de EL DIARIO, en donde ya estaban albergados amigos y colegas desplazados, como yo, por las huestes republicanas.

Qué días estupendos de bohemia!

Qué noches de ensueño y de trabajo!

Un año antes habíamos fundado el Ateneo de la Juventud, sumando las fuerza que se agrupaban en torno de las revistas "Inti" y "La Ilustración," aquella dirigida por José Tamayo y ésta por Gustavo Adolfo Otero, en cuyo equipo nos encontrábamos la mayoría de los periodistas, poetas y escritores jóvenes de entonces.

Un día de esos, después de cumplidas las tareas de redacción de nuestra revista, Otero me dijo:

-- Usted que es el encargado de la parte artística de "La Ilustración", debe conocer a un gran pintor ecuatoriano que está en La Paz; le he prometido llevarlo hoy día a su estudio; él puede hacer las carátulas de la revista.

Y fuimos a los altos del "Pasaje Princesa", sobre el "Cine Princesa" que recientemente había abierto sus puertas y su bar elegante, se encontraba el estudio del pintor ecuatoriano.

Nos recibió un hombre ya maduro, de aspecto gentil y simpático, de mediana estatura, tez morena, vestir elegante, gestos suaves y mirar ardiente. Era Luis Toro Moreno que se hallaba entregado a la tarea de pintar los retratos de las damas de la alta sociedad paceña.

El taller estaba iluminado por cuatro ventanales por donde la luz penetraba a raudales y desde los cuales se podía ver el paisaje de acuarela de la ciudad, por sus cuatro puntos cardinales: al Norte las lomas encrespadas del Calvario; al Este la estupenda e inigualable cumbre del Illimani, al Oeste las escarpadas subidas a El Alto y al Sud, las estalagmitas terrosas de la oquedad, visión que al poeta colombiano Max Grillo le hizo decir:

Un encantado cisne de nieve inmaculada
semeja el Illimani bajo la tarde azul,
mientras las cien colinas de la gris hondonada
las cúpulas imitan de una vaga Stambul...

Las paredes del estudio estaban llenas de cuadros: paisajes puneños, indios arreando sus mansas recuas de llamas, indios solitarios en el páramo con la sola compañía de sus quenas; paisajes en los que se sentía toda la huroñez del ambiente, en los que palpitaba el "alma de las cosas": no en vano el artista era hijo de las alturas y había acomodado sus negras pupilas a la vista de los nevados ecuatorianos, pues nació en la hermosa y tranquila "Ciudad Blanca", en Ibarra. capital de la provincia de Imbabura, donde la Montaña se refleja en las aguas misteriosas de Yaguar Kcocha y se multiplica en las verdosas de "Kuy Kcocha", mientras en Otavalo el Indio sigue, como antes, mercando sus productos campesinos. Allá, en Ibarra, todavía viven algunos miembros de la familia de Toro Moreno recordando al pintor bohemio que, un día de esos, salió para otras tierras y de las que sólo regresó para integrarse a la Madre Tierra: dolorido, desilusionado y siempre soñador...

En los retratos que pintaba Luis, cuando lo visitamos, se notaba la marcada influencia de Romero de Torres, sobre todo al tratar la carne ambarina y jugosa de las mujeres; los fondos sobre los que emergían las figuras, recordaban las tormentas de Zuloaga. Toda aquella galería parecía viviente, en medio de la cual el artista oficiaba como un Sacerdote.

Así le conocí e hice amistad con Luis Toro Moreno.

Su taller pronto se convirtió en el centro de nuestras actividades artísticas, en el núcleo de una gran ebullición intelectual. El artista era un trabajador incansable; viajó por varias ciudades del país; en Sucre hizo un alto prolongado y dejó como huella de su paso, muchos cuadros los que, hace algún tiempo, fueron exhibidos en una exposición retrospectiva bajos los auspicios de la Universidad Mayor de San Francisco Xavier.

De tal modo creció la fama de Luis, que cuando la Cámara de Diputados colocó en la testera de su Salón de Sesiones el hermoso retrato del Mariscal de Ayacucho, pintado por el gran pintor venezolano Michelena, se encomendó a Toro Moreno el retrato del Libertador para que hiciera PENDANT con el de Sucre; y ahí está Simón Bolívar, emergiendo de entre la bruma azulina de las alturas andinas, con su seño adusto y triunfal, sus pupilas milagrosas y gesto dominador, presidiendo las labores de los Representantes del Pueblo.

Los cuadros del magnífico pintor ecuatoriano figuran en numerosas galerías particulares, en Ibarra se los guarda fervorosamente en casa de su hermana, pero fue el retrato del Libertador el que aseguró la fama del artista acicalado y gentil que un día de esos, hambriento de nuevos horizontes siguió su camino para irse por el Mundo en busca de la Felicidad y de la Gloria.

Decidor, ágil, charlista, gran amigo, Luis Toro Moreno, lo evocó hablando ante el auditorio del Círculo de Bellas Artes de esta ciudad, sobre el significado de las líneas y de los colores: "La línea horizontal, decía, es el reposo y la tranquilidad, así como el color morado es el de la fatiga: por eso las ojeras son moradas, porque son los resabios de la fatiga"...

Y mientras hacía derroche de arte y de vida, sólo se le nublaban las pupilas ardientes y tropicales, cuando alguien inquiría en su pasado, como si una ola de negruras y de pesares lo atormentara!

Los azares de la vida me hicieron dejar La Paz, perdí de vista al gran pintor imbabureño y he aquí ahora, tras tantos años de olvido, Francisco Ayora Espinoza ha avivado mis recuerdos de una época triunfal y ardiente de mi vida, en la que, como un punto vital y armonioso, hice amistad con ese artista de veras que se llamó Luis Toro Moreno, por medio de mi dilecto amigo y querido compañero el escritor Gustavo Adolfo Otero, con cuya amistad gocé en los mejores días de nuestra juventud militante e indomeñable, luchando, sufriendo y triunfando, a veces...

Con qué vivo cariño y ternura recuerdo los días en que Luis pintaba el retrato de Gustavo Adolfo:

--Ojalá que este retrato sea como el de Dorian Gray, les decía...

El mismo cielo azul, el mismo sol ardoroso, el mismo espíritu de la Puna, la misma pasión me unieron a Toro Moreno, a cuyo memoria rindo ahora mi más ferviente y cálido recuerdo, aunando a esa memoria el recuerdo de Gustavo Adolfo Otero, cuyos restos yacen en San Francisco de Quito, mientras su retrato pintado, por Toro Moreno, sigue viviendo en la penumbra mustia del estudio de Otero, en su casa de la Cité Colón.

La hermosa y añosa araucaria de la plaza de Ibarra; al fondo la Catedral y a la izquierda la Municipalidad.

PERFIL DEL GENERAL ROJO

Por RAUL BOTELHO GOSALVEZ

SILENCIO DE METAL TRISTE Y SONORO,
ESPADAS CONGREGANDO CON AMORES
EN EL FINAL DE HUESOS DESTRUCTORES
EN LA REGION VOLCANICA DEL TORO.

MIGUEL HERNANDEZ



Gral. VICENTE ROJO

En Junio de 1935 enmudecieron los cañones del Chaco. En toda la línea las ametralladoras habían rezado un responso tartamudo. Estaba terminada la guerra y una ominosa expectativa se cernía sobre Bolivia, otra vez mutilada. Finalizaba el largo vía crucis de dos pueblos que se trenzaron en una pelea fratricida. Cincuenta mil soldados bolivianos, bajados de los páramos andinos, valles y llanuras, habían quedado atrás, sepultados bajo el ardiente polvo chaqueño, para fertilizar aquella tierra maldita por la que lucharon "con más sed que odio".

Los soldados desmovilizados volvían de las trincheras bajo el agobio de la decepción, trayendo en sus mochilas el peso de una derrota de la que no eran culpables. Sabido es que nuestro Ejército hubo de enfrentar, antes que a las aguerridas tropas adversarias, a la sed, al hambre, la enfermedad, el calor y la distancia, aparte del cerco internacional de sus vecinos que no le permitían el tránsito de armas para su defensa y a veces ni alimentos para sus soldados, relievando la desventaja de la mediterraneidad, y cuando nuestras posiciones estaban firmemente apoyadas en las primeras serranías de los Andes y nos hallábamos en condiciones de desgastar al Ejército paraguayo, que ya daba signos de desmoralización y graves dificultades logísticas, nuestra iniciativa militar quedó faqueada por el acartonado y clorótico Canciller porteño Carlos Saavedra Lamas, que buscaba la terminación del conflicto a cualquier costo, pues aspiraba a paralogizar al Comité Nóbel para alcanzar el Premio a la Paz.

Es posible que la vehemencia patriótica hubiese hecho admitir que no hubieron "vencedores ni vencidos"; mas resulta irrebatible que nuestro objetivo de guerra no fue alcanzado y que mediante el Tratado de 1938 perdimos todo el triángulo del sudeste. En cambio, el Paraguay consolidó sus pretensiones y se apoderó del botín de la victoria, aunque con los brazos mutilados.

Mi generación aún no había sido llamada bajo banderas. No le alcanzaron sino salpicaduras de sangre y lágrimas. Vivíamos entre la perplejidad y la dolorida convicción de las insuficiencias nacionales. Algo como una llama secreta nos quemaba rabiosamente por dentro. Ambicionábamos construir un país nuevo, liberado de pongos del feudalismo criollo, de la oligarquía sin señorío, de los hombres de paja del empresismo extranjero, de los politicastros corrompidos y satisfechos, de los "rosqueros" sin entrañas, de los malos militares y, en fin, de todos los causantes del terrible infortunio. Los excombatientes, al igual que nosotros, tenían el alma cargada de ideas de renovación y justicia social, de las que muy pronto iban a germinar turbulencias revolucionarias dirigidas a provocar el cambio estructural del país.

Así las cosas, cuando las corrientes socializantes estaban en boga en Bolivia, estalló la guerra civil española, cuyo incendio iba a prender después a Europa, originando la II Guerra Mundial.

La guerra española fue la trágica culminación de una serie de contradicciones que, como "monstruos engendrados por la razón", se agitaban en el seno de la sociedad ibérica. Era natural que por razones de afinidad de sistema político y de sensibilidad social, en Bolivia la mayoría fuese simpatizante de la República, intuyendo que la sublevación de Marruecos era contraria a los ideales democráticos, sin averiguar, ciertamente, si en España había otros enemigos, tan decididos como los falangistas y monárquicos, de los ideales republicanos. Lo que importaba era la República, sin pensar si ella tenía la autoridad y consistencia necesarias para realizar un gobierno progresista en servicio de España.

La causa republicana aquí contaba con distinguidos representantes. Estaban Martínez Feduchy, Encargado de Negocios, casado con boliviana, el Ingeniero Vicente Burgaleta, el librero José Guisbert, el Embajador de México, Licenciado Alfonso Rosensweig Díaz y otros, que por radio y prensa daban a conocer las dramáticas incidencias de la guerra civil, despertando la admiración de nuestra gente por la valentía del pueblo español y su airada reacción contra los interventores nazi-fascistas de la "Legión Cóndor", segmentada de la Wermacht, y del "Corpo truppe volontarie", desglosado de los escuadristas del fascismo italiano. Había asimismo, admiradores del movimiento franquista, entre los cuales se destacaban Formerio González de la Iglesia, Marín, Aranguren, el Padre La Puerta, rector de los Jesuitas que tenía alma de carlista y así otros que, a su vez, hacían conocer a los que se habían alzado contra la República y jalonaban su levantamiento con victorias. Nos eran familiares los nombres de Franco, Moscardó, Mola, Sanjurjo, Millán Astray y otros generales nacionalistas; pero admirábamos los nombres de José Miaja y Vicente Rojo, cuya lealtad a la causa republicana, cuando la suerte de sus armas estaba en entredicho, nos parecía un rasgo de lealtad a nuestra propia causa.

España estaba convertida en campo de Agramante. Traicionada por el Frente Popular francés de León Blum, por los conservadores británicos que tenían intereses mineros en la península y que pronto claudicarían con Chamberlain en Munich, por las democracias occidentales, terminó por entregar la suerte de la República a la ayuda soviética y de las Brigadas Internacionales, cohonestando así los sentimientos libertarios del pueblo español, que se vio desgarrado por un huracán de ideologías que lo vivisecionaban en vida.

En medio de tan patética confusión, de tarde en tarde nos llegaban noticias de las victorias de las armas republicanas, y casi siempre venían ligadas de algún modo al nombre del General Vicente Rojo, Jefe del Estado Mayor Central republicano. Aquellos hechos de armas nos sonaban a exclamaciones épicas y legendarias: ¡Ebro! ¡Manzanares! ¡Guadalajara! ¡Brunete! ¡Teruel! ¡Jarama! ¡Madrid! Además, para tonificar la desvaída esperanza, llegaban como saetas los poemas de García Lorca, Alberti, Vallejo, Neruda, Hernández y que sé cuántos más, que con suntuosidad verbal y dolorida, cantaban a una epopeya popular que ya estaba perdida.

Terminó la guerra civil española con el triunfo de Franco. El balance era trágico: "¡Qué guerra! ¡Verse obligado a matar a gente tan valiente, aunque estén locos!", había exclamado el Mariscal Lannes cuando la invasión napoleónica, otro tanto habrán pensado los generales de ambos bandos. Empobrecida, saqueada, quemada, golpeada como un yunque por los martillazos del odio, la Madre Patria a la caída de Barcelona estaba exhausta. Más de dos millones de vida había costado aquella experiencia tremenda. Hubo crueles, indiscriminadas matanzas por ambas partes. Como toro enloquecido, la revolución embistió, ciega, contra todo y contra todos. Vivía la muerte. Millares de iglesias y conventos, joyas de arquitectura, tabernáculos de arte, habían sido destruidos en otros tantos "autos de fe" al revés, por hordas irresponsables, impulsadas por el pillaje. Por doquier fábricas bombardeadas, campos quemados, tierras abandonadas.

Caída la República, vuelto a enarbolar el pendón tradicional de gules y gualda de los Reyes Católicos y el emblema del yugo y las flechas, decenas de miles de españoles franquearon los Pirineos y se internaron en Francia que por su parte los internó en campos de concentración de triste memoria. Entre esos millares de emigrados iba el General Vicente Rojo, uno de los últimos defensores militares que permaneciera junto a la causa democrática, pugnando por evitar la pluralidad de mandos y la invasión del poder sindicalista en la conducción militar. Marchaba condecorado por el dolor, camino de un largo exilio que sólo iba a concluir hace poco, cuando ya casi anciano, larvado por la nostalgia de su tierra materna, pidió y obtuvo permiso para ir a morir a España. El Caudillo del Pardo, al saberlo, hizo honor con silenciosa aprobación a lo resuelto por el viejo soldado.

(Pasa a la pág. 4)

VIDRIOS

Por HUMBERTO VISCARRA MONJE

Esta materia dura, transparente y frágil que se llama vidrio, producto del amor y la conjunción del sílice y la potasa, que nos depara el don de la luz a través de su cuerpo de agua congelada, que nos permite ver sin ser vistos y que a veces denuncia nuestra presencia, es un objeto delicado y que pese a su apariencia quebradiza inspira respeto y se le trata, por lo mismo, con sumo cuidado.

El vidrio en sí no es un artículo de lujo y todos pueden gozar de sus beneficios en la claridad que se tamiza a las habitaciones. Por él ventanas, balcones, claraboyas, mirillas, no son huecos ciegos. El les da trozos de cielo; tan pronto puede ser óleo como acuarela; retrata los crepúsculos y apresa el sol en sus fibras reverberantes. Tiene, como los niños y como algunos seres buenos la transparencia natural para ver en su fondo el espíritu límpido; y a veces, como algunas pupilas, deja también entrever lobregueces de interiores sórdidos.

Cuando la estirpe del vidrio se afina y evoluciona, se llama cristal. El cristal es la aristocracia del vidrio y su materia depurada se presta dócilmente a otros usos más delicados. Por él, el vaso que limita la cantidad exacta del agua necesaria para beber; en él, transformado en búcaro, el ramo de flores que engalana la habitación; convertido en globo contiene el misterio de la luz eléctrica. Si manos diestras someten su materia a complicados procedimientos, aparece en esas cristalerías prismáticas lujo de las mesas de banquete; son el vaso en cuyo cuerpo las bebidas adquieren formas elegantes, en que el vino rojo tiembla en sangre fresca y el rubio se estremece como jugo de topacios disueltos; es el caliz en que la cerveza levanta su carcajada de espuma; la copa tallada en que la menta acumula ojos verdes, en que el cognac tienta con su alcohol oscuro, en que el benedictine con su dulzura acariciante hace pensar en hierbas misteriosas y manos de frailes en el silencio de sus conventos remotos; en que el anís ofrece sus embriagueces cerradas en el minúsculo grano que acendra fragancia.

Cuando el color decora las tersas superficies del cristal y se cuaja en imágenes santas o paisajes místicos, ahí está esplendoroso en las ojivas y en los rosetones que la luz traspasa con seductora policromía.

Pero hay muchos hogares en que el recipiente de latón suple al vaso, el cántaro de barro a la jarra transparente y el cartón al vidrio roto.

Debe en esos hogares crearse una fobia contra este material frágil que no resiste un pelotazo y que desploma fracasado si no está bien sujeto. No costaría mucho reponerlo pero los medios económicos escasean y el pan es más urgente que un vidrio. Muchos vidrios quebrados esperan un remplazo sin esperanza y muchas copas rajadas o desportilladas sirven aun con peligro de los labios sedientos.

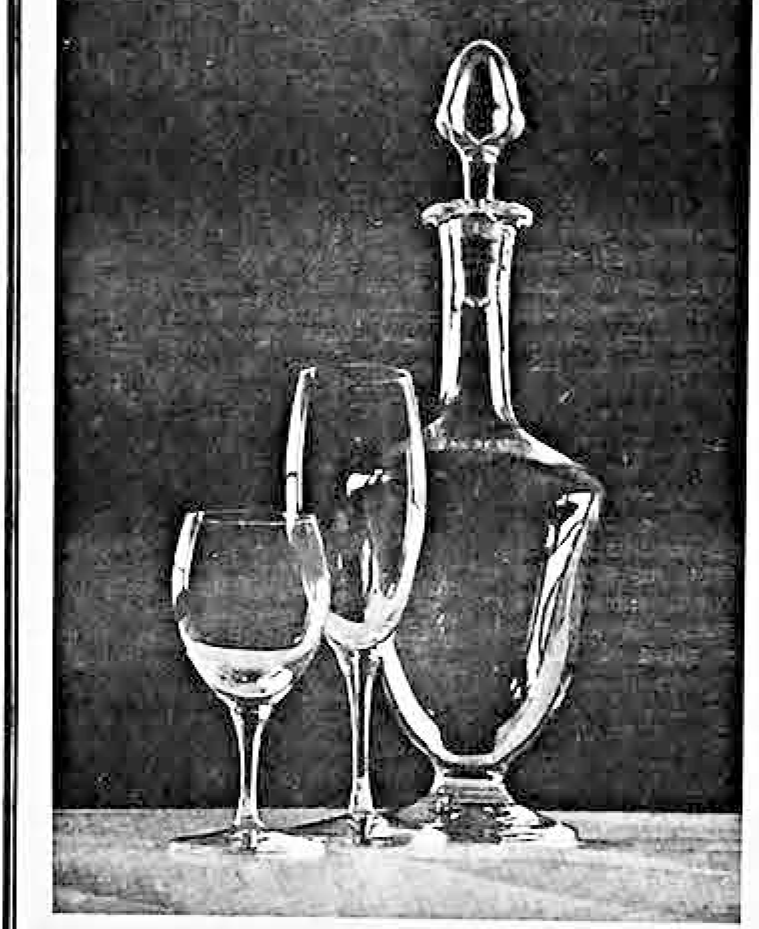
De aquellos hogares en que la ausencia del vidrio condena a sufrir la oscuridad o el frío, salen pasiones oscuras y así vemos en esas manifestaciones callejeras manos ávidas de exterminio que buscan en el sólo el proyectil más barato al alcance de la mano y nunca falta la piedra que se ofrece dura, fría, hostil. Con qué alegría infame hiende el aire y da contra su frágil enemigo el vidrio; lo fractura, lo triza y le abre el corazón para penetrar en el recinto vedado.

¿Qué impresión siente frente al fracaso de un vidrio quien lanzó la piedra? No hay temor de ser señalado y vituperado. La turbamulta mimetiza las malas intenciones y la cárcajada maligna brota brutalmente frente a la víctima que se precipita con estruendo para hacerse astillas. Ya está consumada la venganza de la mano que destruye lo que no es suyo y el hecho de ver una ventana o una vitrina ciega, regocija al violento.

Romper un vidrio exprofeso es denunciar el secreto de un alma en que falta la luz; es transparentar profundos resentimientos sociales que en vez de buscar cabezas culpables estrellan su odio contra lo que no ofrece resistencia. Romper un vidrio voluntariamente es violar la intimidad de quien pide luz a los cielos para gozar su paz en claridad solitaria.

Pero no nos entristezcamos con divagaciones romántico-filosóficas ni privemos a las turbas juveniles del inocente placer de romper vidrios. Lo que sería de lamentar es que siguieran la instigación maligna que emplea manos ajenas para sembrar el desorden y los cristales rotos. Después de todo ¿qué es un vidrio? ¿cuánto vale? Los ricos pueden comprarlos por centenares y almacenarlos de repuesto. Los pobres se ingenian remendando las roturas con trozos de cartón o embutiendo una almohada vieja en su lugar. Ni el entusiasmo destructor de la adolescencia ni la alegría de la muchedumbre se detienen ante esta bárbara disonancia que rima con la música actual y regocija el aire de la ciudad ensombrecida por la suciedad, por el hambre y por tantas otras cosas.......

Luego, los vidrios trizados y las cabezas fracturadas son un espectáculo que compensa muchas amarguras y son una válvula de escape para la ira apasionada de aquellos que quisieran "romper el alma" de quienes ignoran la pobreza.



Fotografía gentilmente cedida a PRESENCIA LITERARIA por su autor D. Antonio Eguino.

ACOTACIONES HISTORICAS AL LIBRO "LAS CALLES DE LA PAZ"

(CONCLUSION)

Por FELIPE LOPEZ MENENDEZ

LA REVOLUCION FEDERAL.

En la página 127, el autor del libro dice:

"...VENCIDA LA REVOLUCION FEDERAL, (Ismael Montes) fue aclamado como subjefe del Estado Mayor y luego jefe del mismo..."

La revolución federal, que estalló el 12 de diciembre de 1898 en La Paz, no fue la vencida; sino que élla, más bien, triunfó, en los campos de Paria o 2o. Crucero, el 10 de abril de 1899, derrotando al ejército constitucional, llamado unitario, del Presidente Severo Fernández Alonso, bajo el comando del coronel José Manuel Pando y después de los descalabros de aquel ejército en Pucarani y Cosmini o primer Crucero.

GENERAL JOSE MANUEL PANDO

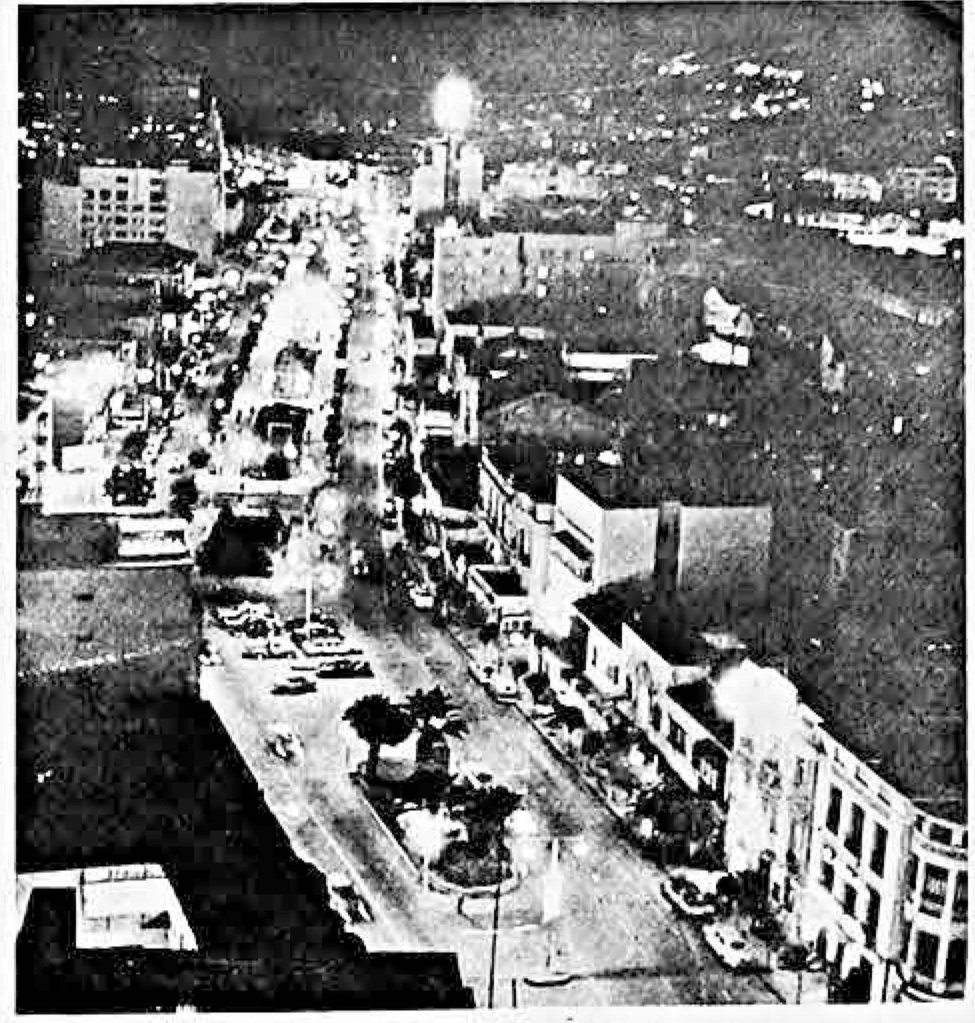
En la página 135, se lee lo siguiente:

"...En 1900, (José Manuel Pando), propuesto a las diputaciones de La Paz, Potosí y Paria, aceptó esta última pero fue nuevamente EXTRAÑA'DO..."
..."

En dicho año de 1900, el mencionado General era ya Presidente de la República; no podía ser propuesto como candidato a diputación alguna, ni menos fue extrañado del país.

En la página 136, se añade estos otros datos:

"En 1894, fue elegido senador suplente por Chuquisaca y el mismo año propuesto a la presidencia. Pero antes, el 12 de diciembre del MISMO AÑO, organizó la defensa de la ciudad construyendo barricadas y contrafuertes y venciendo a los unitarios en abril de 1891. La convención de ESE AÑO lo eligió Presidente Constitucional de la República..."



LA PAZ.- Visión nocturna de El Prado.

Hay errores en las fechas. No organizó la defensa de la ciudad de La Paz en 1894, sino fue en 1899; no venció a los unitarios en 1891, sino en 1899; la Convención de 1899 fue la que lo eligió Presidente, no la de 1891, porque en este año no hubo Convención alguna.

IGLESIA DE SANTA BARBARA

En la página 182, se registra lo siguiente:

"...Sobre las alturas (de la laguna Laikha-khota) estuvo la iglesia de Santa Bárbara TOTALMENTE DESTRUIDA por los aymaras invasores de las huestes de Tupak Katari, en 1871..."

La iglesia parroquial de Santa Bárbara fue incendiada y SEMIDESTRUIDA por los indios sublevados en 1781; pues sus puertas, ventanas y altares fueron arrancados, como lo habían sido los de San Sebastián, San Pedro y de las Recogidas, Dominado el alzamiento indigenal, todos estos templos fueron reparados. El de Santa Bárbara tuvo que ser demolido en 1830, por amenazar ruina, a consecuencia de las continuas excavaciones que se hacían en el cerro, donde se levantaba la iglesia, en busca de tesoros enterrados; con los materiales de élla se construyó la capilla del Cementerio general. De modo que no fue "TOTALMENTE DESTRUIDA por los aymaras en 1871" (1781).

IGLESIA DE SAN PEDRO

En la página 230, se dice lo siguiente:

"...Su lado Sud (de la Plaza Sucre) está en parte ocupado por la iglesia de San Pedro cuya construcción data, SIN FECHA FIJA DEL SIGLO XVII".

Según las antiguas crónicas, se sabe que la parroquia de San Pedro fue erigida al año siguiente de la fundación de la ciudad de La Paz, o sea en 1549, por el padre franciscano Fray Francisco de la Cruz Alcócer, y que en 1551 se dio principio a la construcción de la iglesia parroquial, la que fue concluida pocos años después. En 1781, sufrió serios deterioros causados por la indiada sublevada de Tupac Catari, siendo reparada en 1790. De ésto se deduce que élla no "data, sin fecha fija, del siglo XVII", sino del siglo XVI.

OTROS ERRORES

En la página 53: "JAEN (Calle).- Llamada antiguamente Cabracancha (Corral de Cabras)".

Por documentos referentes al local del primitivo Seminario, consta que la parte adyacente a este edificio, colindante con el río Mejauira, es la que se denominaba Cabracancha.

Página 149: "VALLE (Calle).- Parte de Pérez Velasco para terminar en la Plaza Alonso de Mendoza. CALLE ANCHA se llamó antiguamente".

La "Calle Ancha", a la que se refiere este acápite, se llamaba a la que hoy se denomina "Avenida América", la que partiendo del puente de Coscochaca termina en la Plaza Alonso de Mendoza; no a la que parte de Pérez Velasco para terminar en la plaza citada. Esta última, hoy calle Evaristo Valle, era conocida antiguamente con el nombre de Calle del Tambo de Quirquincho o del Tambo de Aguardientes.

Página 160: "BUENO (Calle).- Parte de la esquina Juan Federico Zuazo para concluir en la Avenida Frías..."

La Calle Bueno no termina en la Avenida Frías, sino en la plazuela de ese nombre; la antes Avenida Frías, -hoy Illimani,- comienza en dicha plazuela y termina en el barrio de Miraflores.

Página 168: "CASTRO (Calle).-"... Comienza en la Avenida Frías para terminar sobre la Avenida Libertador Bolívar".

Esta calle comienza, no en la Avenida Frías; sino en la plazuela de ese nombre.

Página 184: "Fue Don Manuel Mariaca... ABOGADO y profesor..."

Este personaje no fue abogado; sino médico, Cancelario de la Universidad, Ministro de Instrucción.

Página 187: "... (Pasos Kanki) pasó al Brasil, luego a Estados Unidos de N.A. donde, gracias a su perfecto conocimiento del inglés, tradujo directamente al aymara el Evangelio de San Juan".

El Evangelio, que este sacerdote apóstata tradujo al aymara, no fue el de San Juan; sino el de San Lucas.

Página 194:"... (Morales) hace a Zapata PREFECTO de Sicasica y Larecaja..."

Sicasica y Larecaja, como simples provincias, no tenían por primera autoridad administrativa "Prefecto"; sino sólo Subprefecto.

ANOTACIONES A UN...

(Viene de la pág. 2)

de la nuca del tiempo
a medias sepultado, boca abajo,
en el cosmos.

libélula,
tallo
brote de incertidumbre
con cruz de lustros idos
el termo del origen atraviesa tus venas

es comba de seres
tu vientre enraizado en el futuro.

También cito a Guillermo Viscarra Fabre:

"Rainer María es una madera dulcísima
antigua y magra,
tiene a un ahorcado que se mece en su garganta
y un vino en sus palabras,
un vino- pequeño Julio- un viejo vino viajero
de hojas, de animales solitarios
y de monjas que arden lentamente".

A Jaime Sáenz:

Qué humanidad se habrá muerto esta noche para envolverse por
un humo de madreselvas.
en el aire de la lluvia el ya perdido acento de tu boca,
en la profundidad de ayer y en mi alma vacía, y mis labios
resecos
que musitaban los trances del miedo y del viajar al en-
cuentro de hoy.

A Jorge Suárez en "Elegía a un recién nacido":

"Tu voz nace a la tierra
quebrando su vajilla de tímidos cristales
y una inmensa tarántula de acero
baja maternalmente
a ofrecerte sus senos de agua helada".

A Edmundo Camargo Ferreira:

"El mar curva sus barrotes de hierro
sobre un pájaro muerto
enmohece en oficio conrrosivo
la sal las jaulas de mercurio
los días lentos sobre escarabajos voraces".

A Roberto Echazú Navajas, en cualquiera de sus poemas. Veamos un fragmento de "Akirame", su último libro.

"¡Amar!, ¡amar!, ¡amar!, en las altas cruzadas
de tu alma; sobre la altivez del corazón
dejando

su ropaje en los vestibularios del espíritu.

- ¡Sobriedad y manera de ser!- ¡oh perennidad
de amor!"

Y, finalmente, para no prolongar más esta carta, a Pedro Shimose en "Alba en las sombras".

"Dos cuerpos en busca de sus sombras.
Las llamas rumían una luna de frío que no es la de siempre,
una música de lobos llegada de otras tierras carcome el
tímpano del aire
y unas zarpas mecánicas hieren la piel arrugada del
suelo congelado".

Para terminar, releo una vez más, en la obra ya citada de T.S. Eliot, siguientes fragmentos:

"La función esencial de la crítica es promover la comprensión y goce de la literatura.

"Y debo subrayar que no creo que GOCE y COMPRENSION sean actividades distintas, emocional la una e intelectual la otra. Por COMPRENSION no se entiende EXPLICACION, aunque la explicación de lo explicable con frecuencia puede ser un paso previo y necesario para la comprensión.

"Es cierto que no gozamos plenamente con un poema a menos que lo comprendamos; y por otra parte, es igualmente cierto que no comprendemos plenamente un poema si no gozamos con él.

"El crítico será crítico LITERARIO si su principal interés, al hacer crítica, es ayudar a sus lectores a interesarse por otras cosas, igual que el poeta; porque el crítico literario no es un mero técnico que ha aprendido las reglas que deben observar los escritores cuya obra critica, sino que debe ser un hombre total, un hombre con convicciones y principios, y con conocimiento y experiencia de la vida.

"El crítico por quien siento mayor gratitud es aquel que puede hacerme ver algo que no había visto nunca, o que había visto con ojos enturbiados por prejuicios, aquel que me enfrenta con la obra y luego me deja a solas con ella".

Y, nada más, distinguido señor Guzmán. Tal vez la opinión que hoy respetuosamente le manifiesto sea errada. Pero, hago mías también las palabras del salmista David: He creído y por esto he hablado.

OSCAR RIVERA-RODAS

PERFIL DEL GENERAL...

(Viene de la pág. 3)

Vicente Rojo murió en Madrid el 15 de Junio de 1966.

¿Quién era el General Rojo, sacerdote laico de la "religión del honor" como todo soldado verdadero? Había nacido en Fuente de la Higuera, Valencia, el 8 de octubre de 1893. Estudió en la Academia Militar de Toledo, de la que fue profesor de Historia Militar cuando había alcanzado el grado de Comandante (Mayor), esto era en 1932; en 1936, en pleno desarrollo la guerra civil, en vez de sumarse al pronunciamiento militar, se mantuvo con firmeza en las filas del Ejército español republicano y pasó a integrar, como Coronel, el Estado Mayor. Su actuación como estratega y organizador militar le hizo ascender con rapidez al cargo de Jefe del Estado Mayor Central, junto al General Miaja. Sus tropas, mal equipadas y armadas, con la desventaja de la carencia de aviación de guerra, suficiente artillería y vehículos blindados, además sometidas a las interferencias político-sindicales, detuvieron la ofensiva contra la Ciudad Universitaria de Madrid, pararon a los rebeldes en el Jarama y en el Ebro. Su acción en Cataluña retardó la inevitable caída del frente, hasta que al terminar las hostilidades vióse forzado a salir de España.

De Francia pasó a Buenos Aires, poco antes del estallido de la II Guerra Mundial y allí permaneció hasta febrero de 1943, en que vino a Bolivia contratado por el Gobierno del Presidente Peñaranda, para hacerse cargo en la Escuela Superior de Guerra, situada en Cochabamba, de las cátedras de Historia de la Guerra y de Táctica y Logística.

En esas funciones se hizo acreedor al respeto y afecto de los Jefes y Oficiales de nuestro Ejército que fueron sus alumnos, que apreciaban su espíritu caballeresco y su sabiduría. Era el militar académico, el analista objetivo y el brillante expositor, cuyas clases tenían atracción especial, tanto por la amplitud de los conocimientos expuestos como por la amenidad, el giro literario, la profundidad de la exposición, que hacía de cada clase una fuente de sugestiones y enseñanzas sobre el arte y la historia de la guerra, aunque este General era, por experiencia y convicción, un auténtico pacifista.

El clima agradable y ambiente hospitalario de Cochabamba, ganaron la voluntad del desterrado, quien vivió allí largos años, acompañado de su esposa doña Teresa Fernández de Rojo y sus siete hijos, cinco varones y dos mujeres, los cuales le dieron treinta y un nietos, muchos de ellos bolivianos. Asentado en aquella ciudad del valle, reinició su obra como escritor. Antes de venir a Bolivia había editado: "Alerta los Pueblos", (Buenos Aires, 1939); "España Heroica" (Buenos Aires, 1942); "La Seguridad Colectiva en la Postguerra" (1944). En Cochabamba escribió su notable tratado militar: "Elementos del Arte de la Guerra"- Estrategia- Táctica- Conducción de Grandes Unidades- (Buenos Aires, 1947); "Tríptico de la Guerra"- La guerra en sí- El imperialismo y las guerras mundiales - La guerra de mañana- (tres volúmenes) (La Paz, 1953). Dejó inéditas otras obras técnicas y "Así Fue - Defensa de Madrid" y "Caminar", obra descriptiva de algunos lugares de Bolivia donde la Escuela Superior de Guerra suele realizar maniobras anuales.

"La grandeza guerrera o la belleza de la vida de las armas es- dice Alfredo de Vigny - a mi parecer, de dos clases: la del mando y la de la obediencia. La una, exterior, activa, brillante, orgullosa, egoísta, caprichosa, será de día en día menos común y menos deseada; la otra, interior, pasiva, oscura, modesta, abnegada, perseverante, será más honrada cada día; pues hoy, que languidece el espíritu de conquista, todo lo que un carácter elevado puede llevar de grande al oficio de las armas me parece que está menos en la gloria de combatir que en el honor de sufrir en silencio y de cumplir con constancia deberes con frecuencia odiosos". Ambas formas de grandeza militar tenía el General Vicente Rojo. Brillante en el mando, modesto y perseverante en la obediencia. Era el militar de alta escuela, por antonomasia, militar que no es el manido espécimen cuartelero para quien la milicia es sólo fuerza y disciplina ciegas, lo que lo obnubila y le abre un campo de irreconciliable separación con el espíritu de la sociedad civil. Rojo era el militar para quien "el honor era el pudor viril" y que, constante con su línea de obediencia y respeto a las jerarquías, tenía una sobria y definida concepción de su deber, por ello mantuvo hasta el final su irreductible fidelidad al orden republicano, que juró defender y mantener. Como el Cid Campeador habrá exclamado: "Procure siempre acertalla- el honrado y principal- pero si la acierta mal - mantenella y no enmendalla".

En Bolivia, donde el General Vicente Rojo ha dejado, además de sus enseñanzas castrenses, la siembra de su sangre, porque la escogió como segunda patria, quienes le conocimos, así sea de paso, honramos la memoria de este singular soldado, que supo hermanar, como don Quijote, la pluma con la espada.

DESDE LEJOS...

Por CARMEN ZORAIDA ROLLANO

Allí, sobre el plinto de la estepa andina,
te veo de lejos flamear altanera.
Aún late en ti la sangre toda que rompió
cadenas.
Te veo como siempre,
altiva y gloriosa!;
parece que el mástil llegase hasta Dios.
Tú sabes del llanto de las madres solas,
de los hijos huérfanos, de las dichas truncas.
El ande contrasta con tus franjas vivas,
el viento cortante filoso de nieve
se torna suave al liarse en tus pliegues.
Yo sé que flameas llamando a tus hijos.
La Patria está sola; lo que fue alegría
hoy es desolación.
Bolivia,
tu raza tiene escarcha de bronce!

POR LA RUTA DE LOS...

(Viene de la pág. 1)

las serranías que rodean a la ciudad contienen yacimientos metalíferos. No hay cerro en el que la piqueta del "cateador" no hubiera explorado sus entrañas. Los "desmontes" se muestran por todas partes. Los establecimientos metalúrgicos conocidos desde la época colonial con el nombre genérico de "ingenios" aparecen en las zonas urbana y suburbana.

Después de breve permanencia en Oruro nuestro tren continúa su recorrido hacia el sur devorando con avidez la vastedad de la meseta andina. Bolivia minera nos revela su aspecto inconfundible: altas chimeneas, edificaciones grises, andariveles, trenes cargados de mineral, barriadas obreras, polvo, tierra y humo muéstranse por todas partes.

Hemos dejado la estación y el pueblo de Machacamarca, de donde parte el ramal ferroviario a los ya famosos distritos mineros de Huanuni, Llallagua y Uncía, célebre este último en los anales de la industria minera boliviana y mundial por haber convertido en Rey del Estaño al minero boliviano Simón I. Patiño, que en la escala de los multimillonarios del mundo ocupó lugar prominente. Si este tenaz y afortunado industrial, por alguna circunstancia imprevista, hubiese decidido paralizar las labores de sus minas y establecimientos metalúrgicos durante la segunda guerra mundial, Gran Bretaña y los Estados Unidos de América no habrían podido alimentar su industria bélica con los productos "estratégicos" que explotaba su firma industrial.

Continuamos por la altiplanicie que parece interminable. El panorama no tiene variación. Serranías próximas o lejanas, llanura estéril, inhóspita en la que apenas medra la paja brava, caseríos indígenas y pequeñas y desoladas estaciones ferroviarias. El crepúsculo nos sorprende en las proximidades de Challapata. Tenemos a la diestra el lago Poopó que recibe el caudal del río Desaguadero procedente del lago Titicaca. Los celajes de la tarde adquieren en estas alturas tonalidades bellísimas e indescriptibles. Diríase que todos los colores y matices del iris se han juntado en el horizonte para formar la maravilla natural que sólo puede admirarse en la alta meseta boliviana. El azul del espacio sirve de magnífico fondo a las diversas tonalidades de estas puestas de sol que quien las ve una vez no es fácil que las olvide. Es de lamentar que los pintores nacionales absorbidos por las pinturas abstractas y absurdas, como decía un amigo, no hubieran descubierto este filón de belleza inagotable, tan nuestro y tan olvidado.

Pasando Huari hemos dejado los dominios del indio aimara para internarnos en los del quechua. El dulce y onomatopéyico idioma de los incas acaricia nuestros oídos con grata persistencia. La noche ha cerrado su clámide de sombras sobre la altiplanicie andina.

En horas de la madrugada nuestro tren ha llegado a la estación de Río Mulato. Esperamos allí el tren que viene de Uyuni para seguir luego a Potosí apartándonos de la línea troncal del panamericano.

El ritmo del viaje ha experimentado brusca variación. El tren avanza escasamente a 20 kilómetros por hora. La travesía es de ascenso con pronunciada gradiente. Enfilamos hacia la cordillera de los Frailes que parece cerrarnos el paso. La formación geológica de esta región es de roca. La locomotora doble que conduce nuestro convoy parece fatigarse en este recorrido. Los primeros rayos del astro del día nos permiten admirar el más imponente panorama del recorrido por tierras altas. Estamos en la región en que se enseñorean el cóndor andino, la grácil vicuña y la nieve perpetua. Tres colores se disputan la supremacía: el rojo de las rocas, el blanco de la nieve y el azul purísimo del cielo de esta altura.

A las 6 de la mañana llegamos a El Cóndor, la estación ferroviaria más alta del mundo. Estamos a 4.788 metros sobre el nivel del mar, en la región de las nieves perpetuas. El tren se detiene 15 minutos, no para recibir pasajeros ni carga sino para que los que viajan puedan contemplar y admirar el imponente panorama que desde allí se descubre en todas direcciones. Sin gran esfuerzo visual se distinguen en lontananza el nevado Chorolque al sur y la cúspide del cerro de Potosí al oriente. Los pasajeros impresionables y los que por primera vez atraviesan alturas como ésta, adoptan diversas precauciones. El mal de puna o "sorojche" afecta a algunos que se quejan de persistente dolor de cabeza. Los demás pasan esta altura sin molestias orgánicas. Afirman algunos facultativos que el paso de El Cóndor es la prueba de fuego para los cardíacos.

A pocos años de haber sido entregado al servicio público el ramal ferroviario de Río Mulato a Potosí, el ejecutivo de un importante banco de los Estados Unidos, a quien sus médicos le habían prohibido viajar por lugares de elevada altitud sobre el nivel del mar, desoyendo el consejo médico, resolvió visitar la ciudad de Potosí y llegó a ella por ferrocarril. Se alojó en el Hotel Splendid y después de cenar en compañía de sus secretarios acompañantes, sintiéndose un tanto fatigado, acudió al dormitorio. Al día siguiente sus secretarios lo encontraron muerto. Los restos del banquero fueron conducidos en tren expreso hasta el puerto de Antofagasta y embarcados allí con destino a su país. En aquella época la aviación comercial estaba en pañales.

Desde El Cóndor empieza el descenso. La vía ha sido abierta en roca viva. Curvas de audaz desarrollo y de pronunciado declive, hacen de esta línea una de las más interesantes para quienes buscan la sugestión impresionante de la altura y del abismo. Nieve y precipicios son las características de esta ruta que transmonta la cordillera de los Frailes. Bien vale recordar que el nombre de esta cordillera no es arbitraria. El rey de España Carlos III dispuso en 1767 la expulsión de los frailes de la Compañía de Jesús de sus dominios de España, América y las Filipinas. Los jesuitas de Potosí se exiliaron tomando el camino de la costa a través de la cordillera. Se afirma que muchos de ellos no pudieron alcanzar la costa del Pacífico por haber sido bloqueados por la nieve en los farellones de la cordillera donde dejaron sus restos.

El solemne silencio de la altura impera en estas regiones. La fauna se reduce a la grácil y huraña vicuña y al orgulloso cóndor de los Andes. Son los dueños de estas soledades y los únicos que pueden resistir la baja temperatura y el encarecimiento del aire.

Ganamos rápidamente la ruta de bajada. El convoy avanza a 40 kilómetros por hora con precaución en razón del pronunciado declive. Los únicos sitios en que se ve seres humanos son los "paraderos" de las cuadrillas de sufridos carrilanos. No hay caseríos ni aldeas. Aparte de la paja brava no hay producción vegetal en estas alturas.

Pasamos por otra de las zonas mineras importantes. En las proximidades de la estación de Agua de Castilla está el asiento minero de Porco, el más antiguo del Alto Perú, que fue visitado por inca Huayna Capac y explotado por sus vasallos. El cerro de Porco proveyó del blanco metal a los santuarios del incario y especialmente al Kcoricancha del Cuzco.

Refieren los cronistas que cuando Huayna Cápac viajaba por estas regiones cúpole admirar la forma simétrica de una montaña que los naturales denominaban "Sumacc Orcko" (Cerro Hermoso). Destacó a sus vasallos para que comprobaran si esa montaña contenía plata y cuando éstos horadaron sus entrañas- afirma la leyenda- una retumbante voz les dijo que las riquezas del cerro estaban reservadas por la "Pacha Mama" (Madre Tierra) para los hombres que venían de más allá de los mares. Los emisarios del Inca huyeron aterrorizados y explicaron el suceso utilizando el término quechua "Ppotocchi", que significa reventar y hacer estruendo. Según la leyenda este es el probable origen del nombre del cerro de Potosí y de la ciudad a que dio origen.

El ramal ferroviario de Río Mulato a Potosí alcanza un desarrollo de 174 kilómetros y en concepto de los técnicos, es una de las obras de ingeniería más audaces realizadas en la primera década de este siglo, no sólo por las dificultades que fue necesario vencer sobre terreno rocoso, sino por la gradiente pronunciada de la vía que transmonta uno de los sistemas orográficos de la cordillera andina oriental.

A las 8 de la mañana del día siguiente al de nuestra salida de La Paz ingresamos en la ciudad de Potosí, extendida al pie del coloso de plata que le ha dado fama. Hemos recorrido 626 kilómetros en viaje contínuo desde la ciudad del Illimani hasta la antigua Villa Imperial.